



José de Viera y Clavijo

Joaquín Blanco Montesdeoca

José de Viera y Clavijo. «Noticias de la Historia General de las Islas Canarias». Goya Ediciones (1950)

Hay hombres que han pasado su vida tras pasados por todas las corrientes espirituales de su época. Un ejemplar típico del español del siglo XVIII, con el rostro vuelto hacia Francia y las mejores ideas de engrandecimiento interno de su país en la mente: he aquí a don José de Viera y Clavijo. Nació al alborar en España el neoclasicismo borbónico y murió poco antes del regreso del Deseado Fernando VII. Su vida abarca, por consiguiente, todo el período de plenitud del neoclasicismo español.

Nació el 28 de diciembre de 1731, en el Realejo Alto —antiguo Realejo de Arriba— en la isla de Tenerife. Su padre, don Gabriel del Álamo Viera —alcalde real entonces— se había trasladado poco tiempo antes desde La Orotava, donde habían nacido sus hijos mayores, al lugar, donde ejercía su oficio de escribano. La madre, doña Antonia María Clavijo, aunque nacida en la Villa de La Orotava, pertenecía a familia lanzaroteña. Don Gabriel había casado dos veces; de las primeras bodas le quedó una hija; de las segundas le sobrevivieron cuatro: don Nicolás,

don José, doña Antonia y doña María Joaquina, Los dos primeros habían de ser, pasando los años, dos personajes de la historia isleña; la última, nuestra primera poetisa.

En este 28 de diciembre, la vitalidad del niño Viera debió ser bastante escasa, puesto que se le dieron las aguas bautismales «en caso de necesidad», según dice la partida de bautismo. Varios días después — cinco de enero de 1732— su tío el presbítero don Domingo Francisco del Álamo y Viera le dio las bendiciones en la parroquia de Santiago; fue su padrino el mismo que le administró las aguas, el presbítero don Lucas Fernández de Chávez.

La total desaparición de los legajos del oficio de don Gabriel, pues no se encuentra ni siquiera uno en el archivo de protocolos de La Orotava, nos impide dar la fecha, aun aproximada, de su traslado al Puerto de La Orotava. Don Diego Guigou da la de 1733, aunque sin indicar fuente; el propio Viera no la da en sus *Memorias*. Lo cierto es que su hermana Antonia nace allí

(Pasa a la página siguiente)



Casa Natal de José de Viera y Clavijo en la antigua calle del Agua de Realejo Alto.

(viene de la página anterior)
en 20 de julio de 1734.

La primera noticia que volvemos a encontrar nos la da su propia obra. En la *Vida del noticioso Jorge Sargo*, que escribió teniendo trece o catorce años, se nos revela como perfecto conocedor del Puerto de la Cruz y amante del pueblo que lo vio crecer. Pero lo más interesante que nos ofrece se refiere a sus lecturas: en esta primera época, son los autores españoles los que influyen en su obra; la que acabamos de mencionar está casi calcada sobre el *Guzmán de Alfarache*. También encontramos su afición a la lectura, que jamás le ha de abandonar. Otra de las noticias interesantes es saber que en el Puerto de la Cruz no se leían los clásicos españoles en español, pues, según nos revelan los archivos inquisitoriales de Canarias, llegaban ya traducidos al inglés.

Sigue Viera, después de esta obra, con sus labores literarias; de esta época surge precisamente su maestría en el empleo de un cierto tipo de estrofa —la décima— difícil de lograr. En la segunda de sus obras, el empeño parece de mayor vuelo; no se conoce ningún ejemplar de su *Tragedia de Santa Genoveva*, que nos prestaría luces preciosas sobre su lenta transformación, ya que es su primera obra en verso; además, sería interesante ver cómo adaptaba a la escena un asunto sacado, probablemente, de un *Flos sanctorum*, en sus *Memorias* sólo nos indica la lectura de la vida de la santa.

Junto a esta noticia, nos da otra; ya en su juventud goza de fama como autor de loas, entremeses, villancicos, coplas, décimas, glosas y sátiras. Pensemos que en ellas se transparentaría claramente



José de Viera y Clavijo, retrato de Pereira Pacheco.

un conocimiento importante de la literatura española de principios de siglo, si *no* cualitativo, al menos cuantitativo, puesto que se corresponden exactamente con las forma en uso. De ellas, las más importantes fueron: *El rosario de las musas*, *Las cuatro partes del día* y *las ocupaciones ordinarias del hombre en ellas* (ambas en verso endecasílabo pareado), *Fruta verde del Parnaso* (décimas, glosas, romances y quintillas). *Abecedario de los nombres más usados de hombres y mujeres* (décimas). *Baraja de cuarenta cartas* (prosa «con equívocos y retruécanos, obra de la imaginación, mas no del juicio»), y *La dama moralista*. Todas ellas son desconocidas actualmente. En el título y sub-

título de esta última («suma teológica moral acomodada al estudio de una señora») podemos encontrar ya dos de los caracteres que le han de acompañar durante toda su vida, dos preocupaciones constantes en su obra: moral y didáctica.

Por esta época comenzó sus estudios en el convento de Santo Domingo de La Orotava; nada encontramos sobre ellos en los registros de matrícula que se conservan en el archivo de hacienda de Santa Cruz de Tenerife. En sus *Memorias* nos habla de su lucimiento en conclusiones públicas y claustrales, defendiendo temas de filosofía escolástica; los estudios eran, ni más ni menos, iguales a los que

se seguían en cualquier convento español de la época: un círculo vicioso de agudezas.

Pero «en medio de la lóbrega noche de estos miserables estudios,

llegó de improviso a alumbrarle una ráfaga de feliz claridad». Fueron las obras del padre Feijóo quienes encauzaron su vocación y abrieron ante su vista el panorama de la cultura europea. Entonces empezó su verdadero aprendizaje: conocimiento de idiomas y lectura, siempre lectura.

Recibió las órdenes menores de manos del obispo Guillen en La Laguna, según nos dice en sus *Memorias*, el año 1750 ya las había recibido, puesto que aparece testificando en

un poder otorgado ante su padre, en el Puerto de la Cruz, el día doce de agosto, como tal clérigo de menores. Tres años después era ya subdiácono; como tal lo nombran primer capellán en la fundación de una capellanía colativa, con intención de «que le sirviese de congrua para ascender a órdenes mayores

Éstas las recibió posteriormente, en Canaria, de manos de don fray Valentín de Morán. Hacia el año 1754, según se deduce de un pasaje de sus *Memorias*, obtuvo las licencias de predicación; aun no estaba ordenado de presbítero.

Y comenzó su labor oratoria, que no había de cesar más que al llegar la vejez, aunque nunca tuviera, en los otros períodos de su vida, la intensidad de esta primera época. Según confiesa, pasaron de 160 los sermones que predicó desde esta fecha hasta la de su partida a Madrid en 1770. Cuando comenzó su predicación, aun formaba Viera entre los barrocos decadentes; posteriormente había de mudar de estilo.

Uno de los sermones le produjo su primera diferencia con el santo

oficio de la Inquisición. El 13 de junio de 1756 predicó, en el convento de San Francisco del Puerto de La Orotava, el panegírico de San Antonio de Padua. En él lanzó y repitió por varias veces una proposición: «San Antonio excedió las comunes medidas que para formar los santos tiene la santísima Trinidad». Fray Antonio Peraza hizo la denuncia al tribunal, seis días después; los inquisidores pidieron copia del sermón para entregarlo a un calificador. Este fue don Alonso Falcón y Alarcón.

(Pasa a la página siguiente)

(viene de la página anterior)

Viera representó, humildemente, el origen de tal proposición; con esto nos indica quién fue, en parte, su mentor. Había sido sacada de un cuaderno en que su tío el beneficiado de la Concepción de La Orotava don Domingo Viera recogía especies de los mejores predicadores que había oído. La pena fue, simplemente, una reprobación hecha por el comisario del santo oficio de La Orotava y la amenaza de retirarle las licencias de predicación, si reincidía en lanzar proposiciones aventuradas.

Por esta misma fecha era capellán de coro en la parroquia del Puerto.

Este primer período de la vida de Viera, que se caracteriza por su fidelidad a las formas barrocas decadentes, había de terminar cuando, aun no ordenado de presbítero, emprendió la lectura de las obras de Feijóo: «Al paso que las iba leyendo, o más bien devorando, se iba presentando a su razón otro nuevo mundo científico, y a su espíritu otros inmensos horizontes». A partir de estas lecturas, Viera comienza a encontrarse a sí mismo. La influencia del benedictino se halla patente en alguna de sus obras posteriores. «El personero» no es más que una ampliación de algún fragmento de ensayo de Feijóo, de una idea apuntada, y su aplicación a los diferentes aspectos de la vida cultural isleña.

La Laguna

De esta lectura obtuvo Viera el deseo de conocer, jamás apagado, según se expresa su hermana doña María Joaquina en una de las cartas que escribió al marqués de Villanueva del Prado, después de la muerte del arcediano. Las consecuencias inmediatas fueron el apren-



Realejo Alto a finales del siglo XIX.

dizaje de idiomas, que le hizo «vivir en el siglo de las luces en que muchos no viven», y la variación en el modo de predicar, puesto que le empujó a la lectura e imitación de los mejores predicadores franceses. En 1787 conservaba aún este fervor por los modelos que le hicieron variar de rumbo como orador. Esta variación lo llevó a ocupar el primer puesto entre los predicadores isleños. Tanta fue su fama que, al inaugurarse por tercera vez el convento de dominicas de La Orotava, fue Viera quien predicó el sermón de aquel día; era el ocho de junio de 1769.

Desde 1757 se había trasladado, junto con su padre, ascendido a escribano mayor del cabildo, a La Laguna. La semilla que Feijóo sembró en su espíritu había de encontrar en

esta ciudad un clima apropiado.

Casi desde su llegada tomó parte en la tertulia del marqués de Villanueva del Prado, la más importante reunión de *éclairés* del archipiélago.

En ella se reunía lo más florido de la nobleza y la ilustración isleña: don Cristóbal del Hoyo, marqués de San Andrés y vizconde de Buen Paso, cuya obra pudo influir una parte en la obra de Viera; don Fernando de la Guerra, su yerno, que es, posiblemente, el mejor epistológrafo de las islas; su hermano don Lope, cuyas *Memorias*, en vías de publicación, dan muchas noticias interesantes sobre la vida lagunera en la segunda mitad del siglo XVIII; los futuros marqueses de la Candía y del Sauzal; el conde del Valle de Salazar, don Fernando de Mo-

lina y Quesada; don Miguel Pacheco Solís; don Juan Antonio de Urtusástegui, cuyas memorias, casi desconocidas, podrían tener mucho interés para el estudio de la tertulia. De éstos, pocos dejaron obra literaria conocida en la actualidad; la luz de Viera ha ensombrecido a sus contertulios, que, si bien colaboran en la *Historia*, prefirieron pasar la vida sin agitaciones, de acuerdo con la tónica general de La Laguna.

La preocupación constante de todos ellos era la cultura; uno de los contertulios, don Bernardo Valoix y Cologan, que fue beneficiado de la parroquia del Puerto de la Cruz, nos da una buena muestra de la selección de sus librerías; entre los fondos existentes en la biblioteca municipal de Santa

Cruz se encuentran algunos volúmenes procedentes de la de este contertulio, aun clérigo de menores en la época en que Viera partió para Madrid.

La tertulia organizada, de vez en cuando, expediciones campestres, muy del gusto de la época, en que se bailaban ceremoniosas contradanzas.

Uno de los asistentes más asiduos era Viera; su gracejo y su simpatía hicieron que, muchos años más tarde, don Juan Antonio de Urtusástegui, al facilitar oralmente documentación sobre el arcediano, apuntara en ella su alegría y su viveza. Estos paseos eran otra manifestación clara del neoclasicismo de la tertulia; el contacto con la naturaleza, en forma más o menos refinada, era un deseo de todos ellos.

(Pasa a la página siguiente)



Madrid. s.XVIII. Antonio Joli.

(viene de la página anterior)

Madrid

Por las Memorias de don Lope Antonio de la Guerra y Peña sabemos algunas noticias concernientes al viaje de Viera a Madrid. Una embarcación inglesa, de las que comerciaban en Islas, había recibido el encargo de pasar por Canaria para conducir desde allí hasta España al consejero de Castilla don Pedro Manuel Fernández de Villegas, que se incorporaba a su nuevo destino, de-

jando la plaza de regente de la audiencia de Canarias.

La nave partió del Puerto de Santa Cruz el día 12 de octubre de 1770; del Puerto de la Luz, diez días después, el 22. Viera, en sus Memorias nos dice que aportó a Cádiz el día 21 de noviembre; parece muy extraño un viaje de treinta días desde Las Palmas hasta Cádiz, y mucho más extraño que no aparezca, por ninguna parte, la indicación que permita dar con la causa de un retraso tan extremado. La tertulia se

despidió, por mano de don Lope, con estas palabras insertas en sus ¡Memorias: «Dicho don Joseph va con algunas pretensiones, que no se duda las consiga; pues su habilidad, literatura, genio festivo i otras muchas buenas cualidades que le adornan, le hazen acreedor a cualquiera encargo. Era uno de los más asistentes a la tertulia del marqués de Villanueva, i por tanto i dichas circunstancias nos ha sido sensible su ausencia».

Así, pues, el 21 de noviembre desembarcó Viera

en Cádiz, donde posiblemente descansó varios días. El 13 de diciembre se encuentra en Madrid. Don Agustín Ricardo Madan, racionero de la catedral de Canarias, se encontraba allí desde el año de 1768, preparando oposiciones a la cátedra de hebreo de los recién instaurados reales estudios de S. Isidro de Madrid; en la espera, se ocupaba de la educación del unigénito del marqués de Santa Cruz. Ya próximos los ejercicios de oposición, Madan se vio precisado a abandonar este

empleo; era la época en que Viera llegaba de Canarias. Por mediación del racionero, fue presentado al marqués, quien lo admitió como ayo. Este marqués de Santa Cruz de Múdela, don José Joaquín de Silva Bazán Meneses y Sarmiento, pertenecía a la familia más poderosa del siglo XVIII español, los Silva. Pero, aun dentro de esta familia, representa un tipo bastante raro. Era un *éclairé* convencido.

Muestras de esta posición son la existencia en su casa de un laboratorio químico-físico, la protección que dio a varios literatos importantes de la época, la preocupación por la enseñanza de su hijo y, sobre todo, sus intentos de adelanto material de los pueblos pertenecientes a sus señoríos, con el establecimiento de fábricas y escuelas. Pertenecía a la Academia de la Historia y fue director de la Española. El tratamiento que dio a Viera en su casa, lleno de consideraciones para su persona en virtud de la misión docente que ejercía, pareció a éste mismo completamente desusado. Vie-



Paseo de Las Delicias (Madrid). Francisco Bayeau.

(Pasa a la página siguiente)

(viene de la página anterior)

ra fue, en la casa de Santa Cruz, considerado como un protegido de toda distinción y no como un servidor. Este empleo lo situó ventajosamente dentro de la corte. El marqués era, a la sazón, gentilhombre de cámara del príncipe Carlos (Carlos IV), y tenía que seguir al rey en las cuatro jornadas anuales a La Granja de San Ildefonso, Madrid, Aranjuez y El Escorial; el hijo y el ayo seguían al marqués.

Para la enseñanza del joven marqués del Viso, Viera preparó unos opúsculos; éstos, que se pueden considerar perdidos, fueron los siguientes: *Idea de una buena tónica en diálogo*, *Compendio de la ética o filosofía moral*, *Nociones de cronología*, *Epítome de la Historia Romana*, *de la Historia de España*, y *de la Historia eclesiástica*. Obras todas del año 1771, posiblemente patentizarían las influencias de Condillac, Rollin, Desormeaux y Fleury. Viera no había aprendido aún a contener sus ideas.

Este mismo año de 1771 compuso dos pequeñas obras poéticas, imitadas de Horacio y de Virgilio: *Oda a las Parejas de Aranjuez*, y *Égloga gentilíaca al feliz nacimiento del infante Carlos Clemente*. Su prosaísmo se ha de encontrar raramente en otras obras de Viera. Tal vez fueran una intentona para convertirse en poeta áulico; si así fue, el éxito estuvo muy lejos de corresponderse con las esperanzas. Pero el año 1772 fue para Viera uno de los más importantes de su vida; durante él apareció en Madrid, salido de las prensas de Blas Román, el primer tomo de su *Historia de Canarias*. Fue enviado a la tierra natal inmediatamente; allí se repartió entre amigos, parientes y principales autoridades del Ar-



Jose Joaquín de Silva-Bazán. Marqués de Santa Cruz. (Anton Raphael Mengs)

chipielago. El cabildo de Tenerife acordó darle cien ducados de ayuda de costa por cada uno de los tomos que publicase. En el tomo 2.º, da él mismo esta noticia. El acuerdo fué tomado tres veces. A pesar de sus muchos esfuerzos por conseguir esta subvención, no recibió los cuatrocientos ducados.

En los papeles en que llevó la contabilidad de los tomos de su *Historia* podemos ver cómo se ampliaba y, al mismo tiempo, disminuía el círculo de sus amistades: Campomanes, el padre confesor, la camarera mayor de la reina y otros grandes personajes del mundo oficial; al mismo tiempo, sus amigos

de La Laguna, los de la Academia de la Historia, los aficionados a la historia natural. Uno de los amigos que adquirió en esta época fue don Antonio Tavera y Almazán, cuyo papel en cuanto al desarrollo del jansenismo español no es desconocido. Este había de ser su gran amigo en la época en que, residenciados ambos en Canaria —obispo Tavera y arcediano Viera—, aunarían sus esfuerzos en empresas de desarrollo cultural de las Islas, en su constante preocupación por el seminario, por la Sociedad Económica, o por la escuela de dibujo.

El volumen fue remitido, para su censura, por el consejo de Castilla a la

Academia de la Historia. Después de la publicación del tomo segundo, le fue insinuado que solicitase su admisión como académico.

Fué admitido, como correspondiente, el 11 de febrero de 1774. En este mismo mes se recibió como tal, juró y pronunció su Oración gratulatoria. Tres años más tarde, unos meses después de publicado el tomo tercero, pasó a ser supernumerario, a propuesta de Campomanes, director entonces de la Academia.

A pesar de la trabajosa composición de la *Historia*, el espíritu de Viera siguió discurriendo por otros cauces. En esta época (1773) comienza verdade-

ramente su extensísima obra de traductor, tanto del latín como del francés. Su primera traducción fué la *Apología de las mujeres* de Perrault. Durante el siguiente año de 1774, la *Sátira Octava de Boileau*, sobre la nobleza, y *Los Sentimientos afectuosos* de Blin de Sainmore, que nos presentan a Viera como uno de los primeros arcaduces por donde penetró en España el germen del romanticismo. Este mismo año tradujo, en exquisita prosa, el libro IV del *Kempis*, que apareció incluido en la traducción publicada por don José del Camino, uno de los primeros amigos de Viera a su llegada a Madrid.

En la época de los viajes y de las narraciones sobre ellos, no podía dejar de rendir su tributo. En 1774, con ocasión de pasar el marqués Santa Cruz a La Mancha para visitar sus estados, Viera, que le acompañó en calidad de ayo del heredero, compuso un diario del viaje.

Después de visitar Santa Cruz de Múdela, El Viso y Valdepeñas, continuaron su ruta por Sevilla y Cádiz. Este diario, que presenta, por el desaliño de su prosa, un extraño contraste con la *Historia*, se conoce sólo fragmentariamente. Morel-Fatio, que lo publicó en la segunda serie de sus *Études sur l'Espagne*, reproduce solamente la parte referente a La Mancha; el fragmentario manuscrito, de donde se sacó para la publicación, se conserva en la Biblioteca Nacional de París. El editor aprecia en el diario, sobre todo, el ser uno de los pocos documentos representativos de las relaciones existentes entre el gran señor dieciochesco y sus vasallos.

Poco después colaboró con todo los artículos referentes a Canarias, al publicarse, en 1776, la traducción del *Diccionario geográfico* de Lacroix.



Rousseau, Voltaire, Diderot, D'Alambert daban color a las fiestas.

Viera en París

Sebastián Hernández Gutiérrez

Apenas había cumplido los 20 años de edad, Francisco de Silva – Bazán y de la Cueva se vio frente al altar tomando como esposa a la perla de la Casa del Infantado, a María Leopoldo Cristina de Toledo Salm – Salm, lográndose así una interesante alianza entre dos familias de la alta sociedad española. Una anhelada unión confirmada en 1776 por lo que temió Viera quedar sin ocupación laboral y totalmente desprotegido de la influencia del marqués. Nada más lejos de la realidad por cuanto que don José Joaquín le demostró su afecto cuando, primero, no le hizo aban-

donar su casa en la que desde hacía mucho tiempo se le consideraba un familiar, y segundo, al ser invitado a participar en un viaje al extranjero que a la postre le cambiaría, sin él aún saberlo, la vida.

En efecto, en 1777 la marquesa del Viso se vio afectada por la viruela, una enfermedad muy temida en la época. María Leopoldina logró superarla tras unos meses de intensos cuidados médicos. Para celebrar su vuelta a la Corte se ofreció en la finca de su tío el príncipe de Salm–Salm, conocida como Las Vistillas, una fiesta con banquete, música y fuegos de artificio que fue muy bien re-

tratada por José de Viera y Clavijo en el poema y que ese mismo año tomó cuerpo impreso en los talleres tipográficos de Joaquín Ibarra.

A pesar de la buena salud que gozaba la hija de los duques del Infantado, la familia pretextando la necesidad de un total restablecimiento de la joven ideó un viaje a la ciudad balneario de Spa, cuya fama internacional como centro de reposo traspasaba ya, a finales del siglo XVIII, las fronteras belgas. El viaje tenía también algo de «luna de miel» y viaje de placer, pues el séquito que ambas familias organizó fue tan abundante

como variopinto. Entre las personas que se seleccionaron para formar la comitiva estaban los dos ayos de los esposos del Viso, José de Viera por parte de Francisco de Silva y José Cavanilles como instructor de doña María Leopoldina.

Su vida en París

A comienzos de verano, el 24 de junio, partió una comitiva inicial a la que en los días sucesivos se le agregarían unos carruajes de familiares que se sumaban al extraordinario viaje. En Borcequilla se añadieron a la caravana los coches del Infantado y

en Lerma se anexionó el duque de Fernán Núñez. El 7 de julio pisan ya tierra francesa y llegaron a París un 13 de agosto después de mes y medio de continuo traqueteo y pernотaciones en posadas.

Durante todo este tiempo los dos clérigos tuvieron tiempo suficiente para conocerse, y hasta para confesarse su mutuo interés por las ciencias y las humanidades, amén de haber compartido mesa, mantel, peluquero, jergón, posada y coche. En París, los dos clérigos junto con el resto de viajeros se acomodaron en el Hôtel de

(Pasa a la página siguiente)



Versalles hacia 1668, por Pierre Patel.

(viene de la página anterior)

Tréville, en la calle Tournon, en las proximidades del Palacio de Luxemburgo. De allí pasaron al Hôtel Tours, y un mes después se trasladaron a una casa particular propiedad del príncipe de Salm en la rue d'Enfer.

Los dos clérigos quedaron maravillados de París, y Viera, en particular, no daba crédito a sus ojos al estar frente a frente a una ciudad que consideraba la cuna del saber universal. La vida le había dado una oportunidad, la de contactar con sus héroes de lecturas, y estaba decidido a no perderla, a sacar el máximo beneficio de su estancia parisina.

Después, y al tiempo, de visitar el París monumental, Viera, y también Cavanilles acompañados de sus pupilos, se matricularon en todos los cursos de ciencias que sus horarios les permitían. De hecho el 17 de noviembre de



Jean le Rond D'Alembert

1777 se inscriben los cuatro en el curso de Física que en breve impartirá Jean – René Sigaud de la Fond. A los pocos días se daba la lección inaugural del curso de Ciencias Naturales dirigido por Valmont de Bomare y lo propio ocurría con el de Química y Mineralogía cuyo máximo responsable era M. Sage.

París había logrado con este método de enseñanza libre y enciclopedista romper los viejos moldes de la docencia llegando a con-



François Marie Arouet, Voltaire

vertirse en una capital única que ofrecía a quien quisiera aprender los últimos y más renovados conocimientos en ciencias experimentales, siendo los mismos el fruto reciente de un modelo de investigación que estaba imbuido en el Racionalismo.

El académico rindió culto a la Academia Francesa creyendo encontrarse en el Olimpo del conocimiento. Acudía a su cenáculo con frecuencia queriendo trabar amistad



Antonio José de Cabanilles

con los personajes admirados y tuvo la suerte de oír personalmente a Voltaire, a Benjamín Franklin, a Condorcet, a D'Alembert, padres de la Ilustración, que en breve cambiarían el rumbo del mundo con sus ideales liberales destruyendo al absolutismo que sumía a Occidente en un mar de tinieblas.

Viera también tuvo tiempo para penetrar en ambientes menos oficiales que surgían como hongos en un París que abonaba



Benjamin Franklin

con gusto cualquier tipo de cosecha. El que más destaca por ser considerado en la actualidad como un embaucador, pero de enorme impacto en la personalidad de Viera, fue la aventura mantenida con La Blancherie, un personaje de medio pelo que hipnotizó a Viera y a Cavanilles en una tertulia literaria que cada miércoles celebraba en su casa. El especulador vivía en la calle de Tournon y había abierto en un salón de

(Pasa a la página siguiente)



Capilla Real de Versalles

(viene de la página anterior)
 su hogar una tertulia que vendría como el centro de la cultura universal, teniendo a su disposición un órgano de propaganda: *Les Nouvelles de la République des Lettres*. En él logró Viera insertar algunas notas sueltas sobre el movimiento literario español contemporáneo; artículo que lógicamente tuvo que pagar con buenos luses galos.

A pesar de ello, París, la experiencia allí vivida, los conocimientos adquiridos, los contactos realizados, serían para el caso de Viera y Clavijo un nuevo punto de partida que fragmentaba en dos su propia vida.

Existe un Viera antes de París, preocupado por las humanidades, por la literatura; y existe un Viera después de París, interesado sobre todo en las ciencias, en la química, en la física, en la mineralogía. En este sentido, los conocimientos adquiridos en las «academias» de Sigaud de la Fond y Valmont de Bomare se transforman en conocimientos doctorales que tendrán con el tiempo una respuesta muy positiva en el contexto de la producción de Viera y Clavijo.

Sigaud de la Fond impartió en abril de 1779 un curso de seis lecciones sobre los gases, sobre los «aires fijos» que constituían en el siglo XVIII una materia de sumo interés científico. Éste abrió los ojos a Viera sobre las posibilidades del estado gaseoso, y dos años después, en 1780, publica un poema didáctico en cuatro cantos titulado *Los Aires Fijos* con el seudónimo de Diego Díaz Monasterio.

Mayor repercusión tuvo la docencia de Valmont de Bomare por cuanto que este científico desbordó la curiosidad intelectual de Viera en materia de mineralogía. El abate llegó a adquirir el afamado *Diccionario de Historia Natural* (1704) del profesor, texto que le serviría de modelo para futuros trabajos de investigación que llegan a reproducir hasta el título de la obra, es así como nació su *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* (1799).

Buena parte del año 1777, y del siguiente, fue consumido por Viera en redactar un *Diario* en el que copió, para fortuna de sus



Jacques-Christophe Valmont de Bomare (1731 - 1807)

historiadores, todos y cada uno de los pasos dados en esos dos años. Él fue consciente desde el comienzo del viaje de la importancia del mismo y no dudó en registrar en su cuaderno cuanto dato le pareció novedoso hasta el punto de ser, el *Diario*, un cuaderno de bitácora que registra fielmente su primera aventura europea.

Por razones de poco interés, la planeada estancia en Spa quedó en la nada y para colmo los viajeros, los pocos que ya quedaban en París en abril de 1778, recibieron con gran disgusto el agravamiento de una tuberculosis que desde hacía algún tiempo había atacado al marqués del Viso. La tisis no era una enfermedad común entre los más aco-

modados, pero el marqués no era un hombre robusto y le confirmó la gravedad de la dolencia el doctor Bouvard quién desahució al joven. La única recomendación del galeno fue una inminente repatriación para que el aristócrata falleciera en tierra española. Viera asumió la difícil misión de comunicarlo a Madrid, a don José Joaquín, quién a primeros de julio estaba junto a su hijo y un grupo de eminentes doctores que confirmaron la gravedad del enfermo. Ante la alarmante situación, el marqués de Santa Cruz de Mudela organizó un viaje de vuelta contando tan sólo con la presencia de José de Viera y su hijo para dejar, momentáneamente en París, a la esposa de éste, a sus padres, los duques del Infantado, y a Antonio Cavanilles.

El pequeño cortejo sale en fuga de París, de Francia y deciden poner rumbo a Valencia donde los aires templados del Mediterráneo podían hacer algo por la afección del marquesito. Sin embargo, todo fue inútil llegándole su última hora en la víspera del día de reyes del año 1779.



Viena en el Siglo XVIII. (Canaletto)

Comentarios acerca de la estancia de José Viera y Clavijo en Viena

Introducción, selección y notas de Hans Koenig

José Viera y Clavijo visitó Viena (capital y ciudad de residencia, como era denominada en aquella época), entre el 18 de noviembre de 1780 y el 18 de abril de 1781. Se encontraba dentro del séquito de D. Joseph de Silva Bazán, Marqués de Santa Cruz¹, que había viajado a la ciudad con el fin de volverse a casar. La comitiva estaba compuesta por el Marqués, su hermano D. Pedro de Silva, José Viera y Clavijo, un ayudante de cámara y dos lacayos en el pescante.

Puesto que el manuscrito original de Viera estaba en posesión del Fondo Social y Cultural de Caja Canarias y no se encontraba a mi disposición, me serví de dos ediciones impresas de la epopeya «Los Meses», en cuyo apéndice está publicado el itinerario del «Viaje a Alemania» (Santa Cruz – 1843). En Viena tuve a mi

disposición la edición de la Biblioteca Nacional de Austria² y en Tenerife el ejemplar de la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de los Amigos del País de Tenerife que, amablemente, pusieron a mi disposición fotocopias del tomo³.

En este corto trabajo sólo me refiero a la estancia en Viena, y comento únicamente las notas escritas en el diario sobre días en los que hubiera acontecimientos relevantes. Ya que el espacio que se me ha dado es limitado, he preferido dejar a un lado los días de descanso o aquellos en los que el tiempo era demasiado frío para salir, dejando lugar a las notas que tienen una mayor importancia para la historia local y cultural de Viena, las cuales están relatadas al completo. Pero éstas deberán también acercar a los lectores españoles las vivencias más importantes de

Viera y Clavijo en la capital del Santo Imperio Romano y facilitar a futuros investigadores la elaboración de la materia⁴. Lamentablemente, en la meritoria exposición celebrada en honor al 275 cumpleaños de Viera y Clavijo en La Laguna, se documentaron únicamente sus estancias en Francia, Italia y Munich⁵.

En esto, la relación entre España y la zona de Viena a lo largo de los siglos fue estrechándose, especialmente por las continuas relaciones.

Los contactos entre la zona de Viena y España ya se demuestran en el siglo XIII con la participación del Duque Leopoldo VI de Babenberg en batallas contra los árabes en 1212 en Navas de Tolosa; así como el cumplimiento del Culto a Santiago partiendo de Santiago de Compostela (1236 Convento St. Jakob auf der Hülbe; - Iglesia de Santiago en Viena). A co-

mienzos del siglo XIV comenzó un acercamiento paulatino de ambos reinos: el 13 de enero de 1314, Federico el Bello de Habsburg se casó en Judenburg con Isabella (Elisabeth; fallecida en 1330 y enterrada en la capilla de San Luis en el Monasterio de los Franciscanos situado frente al lugar de residencia de Viera y Clavijo), hija del Rey Jaime II. De la época de Alberto II existe la descripción del viaje del Hidalgo Pero Tafur; que, enviado por el Rey Juan II en 1438 a la Corte de Habsburg, fue a Breslau y posteriormente a Viena. Los cimientos de la hispano-austriaca Casa de Asturia se colocaron al celebrarse la boda doble entre Felipe el Bello y su hermana Margarita con Johann y su hermano Juan de Castilla – Aragón y Granada. Como consecuencia del gobierno fundado en Austria en 1522 por Infante es-

pañol Fernando I, se llegó a ser un duradero, pero no gran componente de la sociedad cortesana y menos aún burguesa de Viena. Personalidades como Gabriel de Salamanca, Diego de Serava y Cristóbal de Castillejo han de ser también nombrados como aquellos (familia Hoyos de Burgos establecida hasta hoy en Austria) que, como otras familias españolas adquirieron bienes en Viena (no obstante, no existe relación genealógica alguna con la familia Hoyo – Solórzano establecida en Tenerife). Un mayor número de españoles se deja ver entre los defensores de Viena contra los turcos en 1529. De manera especial se desarrolla el elemento español en Viena con la entrada de soberanos (por ejemplo Maximiliano II en 1552 con su esposa española María - hermana de

(Pasa a la página siguiente)



El Palacio de Schönbrunn, también conocido como el Versalles vienés, es uno de los principales edificios históricos y culturales de Austria.

(viene de la página anterior)

Felipe II; al mismo tiempo fueron llevados a Viena innumerables animales exóticos, entre otros el primer elefante, fundando así las bases para el primer parque zoológico en la ciudad), en festividades (entre otras el ballet hípico «Rossballett», que llevo a la creación de escuela hípica española en 1572. A partir de 1580 se utilizaron sementales árabes españoles en la hacienda de Lipizza; de ahí viene la raza de caballos Lipizzanos) y en la corte mediante el Ceremonial de la Corte español. Este «estilo de la Casa de Borgoña» fue especialmente cuidado por las bodas españolas y cumplido meticulosamente por el Emperador Carlos VI. Surtió efecto por última vez el 1 de abril de 1989 en el requerimiento de admisión en el Cripta del Convento de los Capuchino de Viena en el entierro de Zita, última emperatriz, que entre otros poseía el título de Infanta de España. También llama la atención la corona española en una de las torres de la Iglesia de San Carlos Borromeo en Viena, a cuyo derecho nunca renunció el

Emperador Carlos VI (conocido en la literatura española de la Guerra de Sucesión como el Archiduque Carlos).

Las órdenes llegadas desde España (la Orden Jesuita, Orden Benedictina y Orden Trinitaria) y las congregaciones (comprobable ya en el siglo XVI; en 1631, mediante integrantes del séquito de la Infanta, se fundó la congregación española de los Santos Sacramentos en la real parroquia de San Miguel con motivo de la boda de Fernando III con María Ana de España) advierten también de las estrechas relaciones en el ámbito religioso, desde el siglo VI hasta comienzos del siglo XVII, entre España y Viena. En 1711 llegó con Carlos VI un gran número de españoles que habían combatido anteriormente para él en la Guerra de Sucesión (entre estos un representante de la tinerfeña familia Salazar). Para ellos y otros súbditos romanos y neerlandeses fundó Carlos VI el Hospital Español (en la calle Boltzmanngasse n° 9 – 9a). En 1761 el Dr. Leopold Auenbrugger descubrió en este hospital el método de percusión del tórax.

Muchos de los españoles emigrantes se encuentran enterrados en la cripta de la Orden Trinitaria en la calle Alserstrasse n° 17 de Viena. Una nueva ola de emigrantes españoles llegó a Viena con Elisabeth de Braunschweig, esposa de Carlos, como consecuencia de la capitulación de Barcelona el 11 de septiembre de 1714. Uno de los emigrantes fue el arzobispo valenciano Antonio Francesco Folco de Cardona, que se convirtió en el primer presidente del Consejo Español en Viena. De él pasó a su sobrino Juan Basilio Castellvi de Cervellón el terreno «Strozzigrund», actual barrio Josefstadt de Viena, quien lo vendió en 1753 a la ciudad de Viena. Otro presidente del Consejo Español fue el Marqués de Rofrano Gerónimo Capece que compró el que sería el Palacio de Auersperg y lo mandó ampliar. Su culto a la Rosa de Oro queda perpetuada en la ópera «El caballero de la Rosa» de Richard Struss. La relación entre España y Austria se enfrió tras la Guerra de Sucesión española (1701-1714) y a consecuencia también de la pér-

dida de Nápoles y Sicilia en la guerra que duró desde 1733 a 1735. Al volverse Austria hacia Francia y mediante el Tratado de Aranjuez de 1752, hubo un nuevo acercamiento a España y se establecieron las relaciones diplomáticas. La casa del embajador español, Conde de Aguilar, se encontraba en la actual Plaza de Los Franciscanos frente al antiguo Monasterio Franciscano. Posteriormente pasó a ser en varios edificios la Cancillería Federal, Archivos Particulares, Archivos de la Corte y el Archivo Nacional. Viera y Clavijo vivió Viena en un estado floreciente. El peligro turco estaba conjurado y el Imperio de Habsburg consolidado. Las reformas de la Emperatriz María Teresa, tales como la enseñanza obligatoria, las primeras instituciones sociales, la consolidación de del presupuesto financiero y estabilización política tanto exterior como interior, convirtieron la oprimida ciudad en la «Viena gloriosa». El estilo denominado Barroco Austriaco caracterizó la música, el teatro, la pintura, la arquitectura paisajística y en especial la arquitectura de esta época. Este

es aún notable en el aspecto urbano de la ciudad y fue característico para el desarrollo de la metrópolis del Danubio. Es un estilo marcado por la ostentación con agitadas e hinchadas formas de los elementos. Es cierto que el país de origen del Barroco es Italia. En Austria comenzaron a familiarizarse con él una vez comenzó tras darse hasta cansar en Italia. Puesto que los artistas debían ocuparse del estilo precedente y no preservaban el eclecticismo y el decadentismo se llega a una enorme síntesis que funda un estilo de arte típico austriaco, que obtendrá importancia en la Historia del Arte en Europa. Tras la Contrarreforma, en el ámbito eclesiástico, las obras de arte debían presentar a la humanidad convertida en escéptica, el mundo de Dios y de los Santos de forma renovada; mientras que en el ámbito mundial, el olímpico mundo de los reinantes debía ser descrito de forma alegórica mediante la reanudación de la antigua tradición. Por lo que el Barroco se convirtió igualmente en el símbolo de la victoria eclesiástica so-

(Pasa a la página siguiente)

(viene de la página anterior)

bre los protestantes y también sobre la victoria mundial sobre los turcos, a lo cual la consolidación política y económica produjo la necesaria condición previa. El barroco comenzó a repeler el sitio turco de 1683 se encuentra bajo la referencia de arquitectos del área lingüística alemán —a la cabeza se encuentran J. B. Fischer de Erlach y J. L. de Hildebrandt y sus numerosos colaboradores y discípulos— y escultores a los que se recurrió para embellecer las construcciones. Sin embargo cabe destacar que la «obra de arte al completo» del Barroco no se limita al arte, sino que mantiene también una estrecha relación con el teatro y la música. Los arquitectos fueron llamados a Viena por Leopoldo I (1659 – 1705), José I (1705 – 1711) y Carlos VI (1711 – 1740), «Emperadores del Barroco» representantes a su vez de la «Era de los héroes», cuyo «pensamiento imperial» provocó el «Boom» de la construcción. En el área de Viena realizaron un gran número de obras para la corte, la aristocracia, la iglesia, la ciudad y la burguesía. Éstas, mediante la fusión de los estilos de las formas del Barroco romano y la arquitectura francesa del tiempo de Luis XIII y XIV, formaron aquellas obras independientes de la «arquitectura austriaca». Los requisitos básicos estaban satisfechos: suficientes recursos financieros de los propietarios —en el caso de la aristocracia entre otros estaban los ingresos agrícolas de los latifundios atesorados en Bohemia—, la voluntad de representación, que a menudo degeneraba en suntuosidad y derroche, la mano de obra gratis disponible tras el término de los trabajos de fortificación y la supresión de la amenaza



Viera visitó Viena con motivo de la boda del Marqués de Santa Cruz con la condesa María Anna de Waldstein. (Francisco de Goya y Lucientes)

militar mediante la edificación en los suburbios desprotegidos. Cuando en los siglos 16 y 17 era de prestigioso ser el propietario de un palacio en la ciudad, ahora lo era serlo de un palacio con jardines en las afueras a lo cual las figuras de la Corte (Schönbrunn) y del Príncipe Eugenio (Belvedere) no carecían de importancia. El barroco austriaco es la expresión completa de un estilo de vida y del mundo que evoluciona y pasa a ser el re-

flejo de la mentalidad austriaca. Alrededor de 1730 se había logrado el punto de culminación de la construcción en Viena; al mismo tiempo era perceptible la tendencia a una actitud clasicista (obras posteriores de Fischer, Antón Ospelel, Donato Felice y d'Allio). En la era de María Teresa prosiguió el barroco tardío, el cual se convierte en el Rococó y en el Preclasicismo francés en la segunda mitad del siglo XVIII (Nicolas Jadot de

Ville-Issey, Nicolaus Pascassi).

Viera Clavijo visitó durante su estancia todos los nuevos palacios y palacios con grandes jardines, pero no como un mero turista más interesado en la cultura y la historia como se visitan hoy en día, sino incluido activamente en el estilo de vida de la época, como parte de la escenificación del día a día barroco en Viena. Por ello, las 44 páginas impresas de notas que nos deja acerca

de Viena no son únicamente interesantes para los lectores españoles, sino que es también un documento grandioso y una nueva fuente que se abre para la historia de Viena.

Viera y Clavijo viajó desde Venecia a Gorizia, Liubliana (hoy capital de Eslovenia), Cilly, Maribor, Graz atravesando el Río Mur, Bruck atravesando el Mürz⁶. El camino del Sur es la actual autopista nacional 17, siendo antes de la construcción de la autopista del Sur A2 el eje del tráfico detrás del puerto de Triest, de vital importancia para el comercio en Austria.

Viera y Clavijo permaneció 151 días en Viena. Desde el 18 de noviembre de 1780 hasta el 18 de abril de 1781. Allí encontró, a parte de compatriotas y otros muchos, a 59 nombradas personalidades de la alta nobleza, la diplomacia, dignatarios de la Iglesia, científicos y artistas. En el séquito de su señor, visitó 18 grandes Palacios y Residencias de la nobleza, que hoy por hoy pueden ser visitados en Viena. Nos informa acerca de 14 iglesias y monasterios de la ciudad y sus inmediaciones. Escribe acerca de 22 instituciones científicas, militares y sociales y nos ofrece al mismo tiempo la «vida» de la ciudad y sus suburbios.

Documenta 19 excursiones y paseos que comenta de forma correcta pero entretenida. Queda minusválido por el mal tiempo, al fin y al cabo en Viena nieva y bajan las temperaturas por debajo de 0°C y también se atormenta por los dolores de muelas, por lo que hay días en los que le es imposible salir. Para un tinerfeño, el invierno en Viena, sumado a la mala calefacción dentro de los edificios y el horrible equipamiento sanitario de la época, debía ser una tortura.

Los últimos sermones

Francisco Rodríguez Batllori

Viera y Clavijo Periodista y orador (1991)

El prestigio de Viera en Canarias es ahora superior al que había cosechado antes de su salida del archipiélago. Las noticias divulgadas sobre su vida en Madrid y la publicación de la Historia de las islas, cuidadosamente elaborada durante años, le convierten en una figura eminente y respetada. Su curiosidad científica se agudiza: al año siguiente al de su regreso aprovecha una visita a la villa mariana de Teror para realizar análisis del «agua agria» que desde época inmemorial fluye en aquel término. Como reconocimiento de la importancia de este trabajo, la Económica de Amigos del País le nombra socio honorario y, más tarde, director. Desde este cargo, que ostentará hasta el final de su vida, presta una valiosa y permanente colaboración en las actividades de la entidad».

Su natural inquietud encuentra aplicación en diversas empresas de carácter cultural. Propone a sus compañeros capitulares la creación de un Colegio para mozos de coro de la Catedral, bajo la advocación de San Marcial de Rubicón, a «fin de reformar la indecencia de los sirvientes que hasta allí se habían tolerado». Aprobada esta propuesta por el Cabildo y autorizado el proyecto por el obispo don Antonio de la Plaza, el nuevo centro comenzó su labor docente bajo la dirección del propio Viera; redactó el Reglamento de régimen interno y ordenó lo relativo a concesión de becas, distribución de horarios, tipo de enseñanza, etc. Sus afanes y desvelos por esta obra no excluye el sacrificio de su propio patrimonio, dispuesto siempre a garantizar la estabilidad y permanencia del Colegio.

Pero no era esto lo más urgente. Ni siquiera lo más necesario. Mientras la isla acrecienta y perfecciona su

cultura, la Iglesia no está muy sobrada, salvo escasas excepciones, de hombres capaces de hallar el verdadero matiz de la oratoria y ese claro cortejo de palabras, ideas, ejemplos y deducciones que abren a los fieles una vía de comprensión de ciertas materias aparentemente difíciles. Viera se propone subsanar este vacío y en parte lo consigue; «Por lo que mira al ministerio del pulpito es bien notoria la aceptación general que se consiguió en Canaria, desempeñando los sermones panegíricos de las festividades más célebres.

En el primer año de su residencia, predicó el de San Agustín, en su convento, cuya oración tuvo la fortuna de hacer la más viva y extraordinaria impresión en el auditorio, resonando por todas las demás islas el eco, quizá porque se notó no sé qué nuevo género de elocuencia...». Este sermón, predicado el año 1785, cuando a Viera -según observa Rodríguez Moure- «ya se le hacía pesado subir las escaleras del pulpito», alcanzó una gran resonancia en el archipiélago y mereció honores de imprenta, posteriormente le fueron encargados los panegíricos de San Ildefonso, San Bernardo, Santa Clara, San Pedro, Nombre de Jesús, Octava del Corpus, Natividad de la Virgen (en Teror), la Asunción, Santa Teresa... en fechas y lugares generalmente reservados a los oradores más sobresalientes, por tratarse de solemnidades religiosas a las que eran invitadas las corporaciones y representaciones oficiales de la isla.

La Sociedad Económica de Amigos del País le encarga la oración fúnebre de Carlos III, en las exequias celebradas en la iglesia del seminario el 17 de mayo de 1789. Viera exalta la memoria del monarca por quien había sentido siempre una sincera y apasionada admiración. Fue el broche de oro de su carrera de predicador. Recordará siempre



Retrato de Viera en sus últimos años de vida. José Osabarry. Catedral de Santa Ana. Las Palmas de Gran Canaria.

la solemnidad de este acto, sin omitir el detalle de que subió al pulpito revestido «con aparato de capa de coro y falda suelta».

Conservó Viera hasta el final la elegancia verbal que había adquirido en sus años de estancia en La Laguna y Madrid, libre ya de la influencia nefasta de unos modelos de oratoria excesivamente retóricos. Recordando esta época escribe en sus «Memorias»: «Aunque cuando la empecé (la carrera de predicador) se acomodó por desgracia a aquel género de oratoria estulta que dominaba a la sazón en las islas, y aun en toda España, fue luego el mismo D. José de Viera el primero a quien en Tenerife debió el pulpito su reforma, su decoro y su dignidad; porque versado ya en la lectura de los más célebres oradores franceses, se empeñó en imitar-

los y en desterrar aquel abuso, hijo de una autorizada ignorancia, no sin aceptación y edificación general, como lo certificaron después bajo juramento los párrocos de la Laguna... «Desde entonces, adquirió en Tenerife los créditos de predicador sobresaliente, a quien se encomendaban los sermones de las festividades más ruidosas: cuaresmas, octavarios, novenarios, pláticas, etc., y esto por el dilatado espacio de dieciséis años, en diferentes iglesias de aquellos pueblos, pasando de ciento cuarenta los sermones que pronunció...».

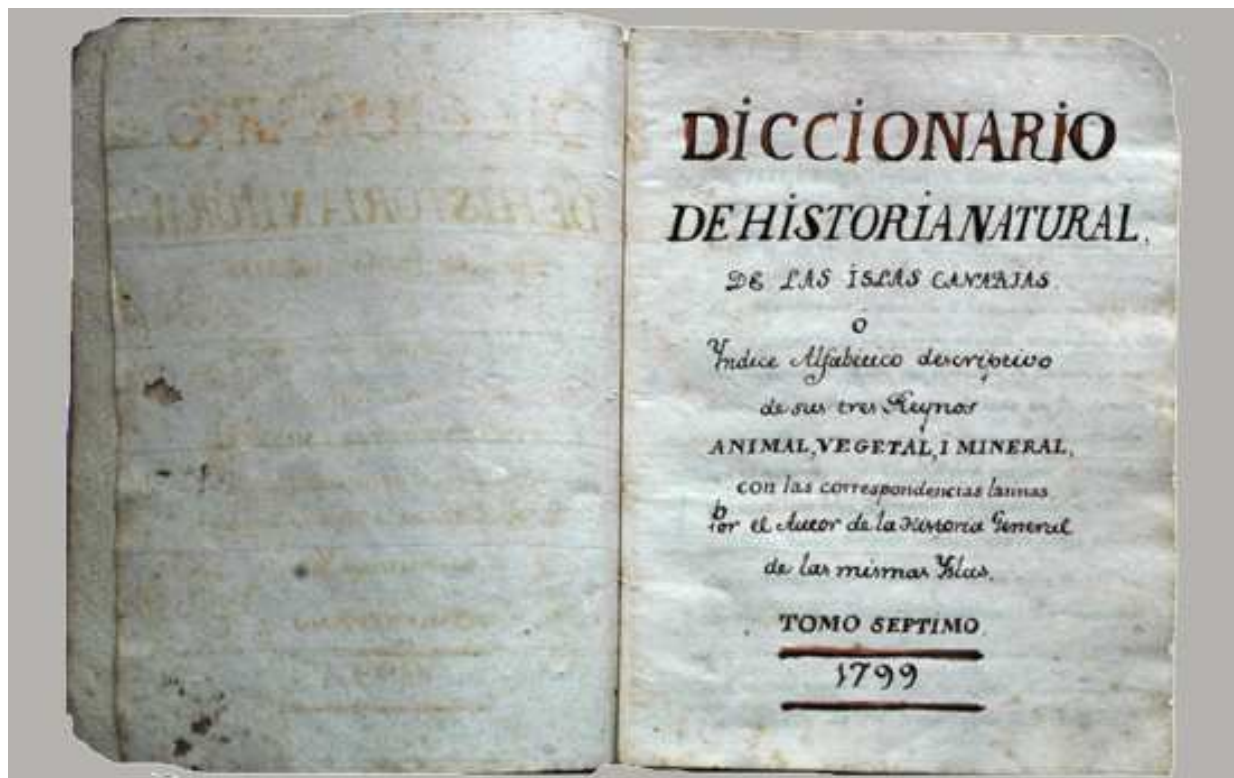
Debe entenderse que nos ocupamos de la oratoria de Viera y Clavijo sin salirnos del marco de una época y con referencia ajustada al momento cultural en que el arcediano desarrolló sus actividades. Vista con ojos actuales es más que probable que esta oratoria nos

resulte ritual y formalista. Pero si retrocedemos al instante en que los sermones fueron pronunciados, fácil será comprobar que el polígrafo isleño igualó, e incluso superó, a muchos de los oradores sagrados que en España alcanzaron fama y prestigio.

Puede descubrirse en la oratoria de Viera luces y sombras, lunares y manchas; pero el crítico que se proponga analizarla con limpieza habrá de partir de una realidad; los errores de detalle son tan inapreciables que no alteran el mérito del conjunto. Para examinar esta oratoria habría que compararla con la anterior y la posterior a su época: conocer de dónde salió, el esfuerzo que significó su plan renovador y su método personalísimo. Tratarla, en una palabra, como el fenómeno de una época, y sin el rigor minucioso de un análisis clínico.

En el *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* llama la atención el tratamiento pasional que da Viera a la naturaleza insular canaria. La obra sorprende por la manera en que el autor evoca el espectáculo que se ofrece ante sus ojos, como nos indica en el prólogo: “pero tal es para mí el hechizo de las gracias de la naturaleza, y el embeleso que me infunde su dulce contemplación”. Viera se sitúa en el contexto naturalista del ilustrado del siglo XVIII y en el horizonte de la vuelta a los orígenes y al primitivismo que anima buena parte del pensamiento de la época. Pero Viera comparte con algunos filósofos del momento, como Rousseau, una visión pesimista del mundo, nostálgica de una pureza sólo apreciable en el marco natural. De ahí esa visión apasionada de la naturaleza. No conviene olvidar que cuando Viera escribe su *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* se halla en el último tramo de su existencia. Está de vuelta en las islas, en su retiro insular, como expresara en sus cartas, toda vez que ya conoció el gran mundo y fue testigo de sus pasiones, que él mismo sufriera.

Volviendo al significado de la admiración de Viera por el espectáculo de la naturaleza, ésta hunde sus raíces en la tradición occidental desde el mito de la Edad de Oro al *topos* del *Beatus ille* horaciano, al renacentista menosprecio de corte y alabanza de aldea. Ciertamente es que esta necesidad de refugio en la naturaleza la puede hallar Viera en las fuentes de la tradición clásica grecolatina y española por mor de la poética neoclásica. Pero en el siglo XVIII su culto tiene que ver también con el desarrollo de las ciencias de la naturaleza, dándose en Viera, como en sus contemporáneos, una unión de la ciencia y la paz del espíritu. Que la ciencia alcanza cotas insospechadas en relación con otras épocas es indudable, como bien expresara D’Alembert en su “Discurso preliminar” a la *Enciclopedia* (1751) al afirmar que en el presente siglo todo



Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias. (1799)

Naturaleza y Religión en el Diccionario de Historia Natural de Las Islas Canarias

María Victoria Galván González

ha sido analizado, descubriendo, filtrado por el ejercicio de la razón. La visión de la naturaleza a partir de Newton como un universo regido por leyes que el hombre ha de descubrir a partir del imperio fáctico parecen estar en la mente de nuestro Viera al dedicarse a observar los campos insulares en la búsqueda de fenómenos naturales que el botánico ha de ordenar. No cabe duda que Viera es deudor de la fe ciega en la ciencia y en los principios empíricos de la observación y de la experimentación. Newton había prescrito que la naturaleza es un conjunto de fenómenos que hay que aislar y analizar a partir de la metodología inductiva, que rechaza un universo establecido *a priori*.

Pero podemos hacernos la pregunta de hasta qué punto asume Viera las reflexiones que derivan de una fe en las leyes naturales. Por ejemplo, parece hartamente probable que Viera no asume la filosofía de la naturaleza de Buffon, mas parece inclinarse por la visión armónica del universo newtoniana, según

la cual todas las piezas encajan tal y como las dispuso el artífice divino. En el prólogo a su obra, Viera hace depender todo de la voluntad del Creador:

Después que sucesivamente se ocuparon en el miserable estudio de las caducas opiniones y delirios de los hombres, se acabaron de desengañar en el nuestro, de que el de la Historia Natural, y de sus subalternas, la Agricultura, la Botánica, la Medicina, la Astronomía, la Física, la Química, la Economía, es el legítimo estudio de la realidad, porque es el estudio de las obras del Creador, y por consiguiente de su sabiduría y su omnipotencia, de su magnificencia, de su providencia, de su bondad. ¡Oh Dios!, ¡qué prodigios!, ¡qué estudio!

La ciencia es santificada en la medida en que contribuye a reconocer las maravillas del creador. En la misma dirección se expresa José Clavijo y Fajardo en su prólogo a la traducción de la *Historia Natural* del conde de Buffon:

¿qué utilidad es comparable con la que deben produ-

cirnos la contemplación y examen de las maravillas del Universo, si, como es justo, no las observamos para satisfacer nuestro natural apetito de saber cosas extraordinarias, sino para excitarlos por ellas a conocer y glorificar al Criador? ¿Y qual será el hombre que, aplicándose al estudio de la Naturaleza, no se sienta arrebatado á contemplar el poder, sabiduría y providencia del Autor de ella, que con mano liberalísima nos ha hecho tantos dones quantas son las cosas que ha criado para nuestra comodidad y para que nos ayuden á servirle?

Estos planteamientos están también en Linneo, para el que es posible comprender la sabiduría de Dios estudiando su creación, tal y como expresara en el prólogo de *Systema Naturae*: “Creationis telluris est gloria Dei ex opere Naturae per Hominem solum”. Esta admiración de los milagros de la naturaleza recorre buena parte del siglo y está presente, entre otros, en los versos de

Meléndez Valdés, que también expresan su admiración por la naturaleza bajo los designios divinos. Cándido María Trigueros habla también del orden de lo creado, expresión de la voluntad divina:

Orden tan simple fragua con método admirable de la Creación toda la concordia inmutable, la sujeción perpetua, la dependencia pura que al Criador eterno tiene la criatura..

Se construye de este modo una sociedad de hombres felices, que sólo ansían el conocimiento que, en última instancia, conduce a Dios. No debe olvidarse que en el siglo XVIII aún se tomaba muy en cuenta el concepto de Creación. A juicio de P. L. Bowler, la religión continuó manteniendo el control sobre la visión de la naturaleza. A pesar de las diferentes teorías sobre el sistema natural, no podía desecharse la creencia en un orden de la naturaleza impuesto por el creador. El “argumento del designio”, que defendía la existencia y el po-

(Pasa a la página siguiente)

(viene de la página anterior)

der de Dios a través de la ciencia con nombres como Ray, Paley, Linneo, tuvo que enfrentarse en la centuria ilustrada con los avances científicos que ponían en tela de juicio la fijeza y la preconfiguración del sistema natural. En palabras de P. L. Bowler:

[...] conforme los naturalistas ganaban en conocimiento, en tanto que el inmenso número de especies que ahora se estaba descubriendo en partes remotas hacía que pareciera cada vez menos probable que el plan de la Creación fuera tan simple como lo implicaba el concepto de cadena. El reto al que se enfrentaban los naturalistas del siglo XVIII era el de equilibrar el deseo por imponer orden al mundo con el cada vez mayor número de pruebas de que el mundo era tan complejo que su orden verdadero permanecería ignorado para siempre.

Se aprecia, por otra parte, la divergencia irreconciliable de Viera con Rousseau en su visión desengañada del progreso, para quien las ciencias ni perfeccionan ni contribuyen a la felicidad de los hombres, aunque salva la botánica de la quema (*Discurso sobre las ciencias y las artes*, 1751). Viera, por el contrario, no desconfía de las bondades de las ciencias y del progreso. Parece situarse del lado de los ilustrados cristianos en la línea de un Gregorio Mayans y Siscar. Para el humanista de la Oliva, la historia se concibe como una estructura edénica que la evolución ha degenerado. La solución en su proyecto de reforma para la cultura española es una vuelta a los orígenes puros de la lengua, de la historia a través de la defensa de la cultura de los clásicos. En *Pensamientos literarios* (1734), como "Carta dedicatoria" al ministro Patiño, señaló como gran defecto de la cultura española el abandono de los estudios científicos, en especial los matemáticos. Viera, como buen ilustrado español, admira los progresos en los tiempos de algunos reyes de la casa de Austria en España, e incide también en la necesidad del



Catedral de Santa Ana. Las Palmas de Gran Canaria. Grabado de J.J. Williams.

avance de las ciencias de la naturaleza o de la historiografía. Estaría de acuerdo con Mayans, por otra parte, en la importancia de la retórica en su programa de reforma de la cultura española.

Viera también coincide con su admirado Feijoo, en la defensa del pensamiento newtoniano, anticartesiano, empirista, teísta, entre otros. Pero, la postura de Viera es providencialista como buena parte de los ilustrados cristianos españoles. Se aparta de posiciones heréticas, en la línea marcada por Feijoo para la Ilustración española. Conocida es la diatriba del benedictino contra el materialismo, recogida en su *Carta erudita* V, 2 (1760), que juzga contrario a la religión.

La visión que de la sociedad del presente bosqueja Viera a partir de sus palabras prologales al *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, por otra parte, nos remiten a lo apuntado arriba, a la necesidad de refugio en la naturaleza en pos de la armonía perdida. Escritores como Meléndez Valdés en "El filósofo en el campo" o Jovellanos, entre otros, declaran:

¿Y hay quien de sí y vosotros olvidado viva en afán o muera en el bullicio de las altas ciudades? ¿Y hay quien, necio, del arte las bellezas anteponga, nunca de ti, oh Natura, bien copiadas, a ti, su

fuelle y santo prototipo?

¡Oh ceguedad, oh loco devaneo, oh míseros mortales! Suspirando vais de contino tras la dicha, y mientras seguís ilusos una sombra vana os alejáis del centro que la esconde.

La naturaleza para Viera se tiñe de una visión dinámica y vital, que ofrece un estilo de vida que aparta al hombre de la corrupción y de la vanidad mundanas en consonancia con el discurso dominante en la centuria.

Conviene, por tanto, para entender los planteamientos de Viera sobre la naturaleza leer con atención las palabras vertidas en el prólogo. Impera un discurso de alabanza a la naturaleza y a las ciencias naturales. Sus palabras se aproximan a las de Jovellanos en su *Oración sobre el estudio de las ciencias naturales*, donde expone:

Ella es la ciencia del hombre, la que califica todas las demás y en la que todas buscan su complemento, y es, en fin, la que perfeccionando vuestros estudios, cerrará gloriosamente el círculo de vuestra educación.

En ambos casos, los autores fijan una mirada escudriñadora y atenta para desentrañar las propiedades de cada elemento del mundo natural. Se aproximan con nuevos ojos al objeto de describir

y aprender a reconocer cada uno de ellos. Hay una actitud científica y poética a la vez. Pero Viera se siente seducido por las maravillas de la creación y es capaz de reconocer sus bellezas; todo ello estrechamente unido al estudio científico. Su pasión por la naturaleza no es ajena a la observación del investigador. Casi se trataría de un ejemplo de la dualidad razón/sentimiento, muy en sintonía con el pensamiento dieciochesco. Existe, por tanto, una percepción sentimental junto a otra más científica.

Representa el prólogo una declaración de objetivos, que convierte a la obra en una alabanza y un estímulo de los estudios de la historia natural y una apología de la naturaleza. Se equilibra en las palabras preliminares el estudio científico con la apasionada defensa y el contacto con la naturaleza, que no sólo sostiene en esta obra. Viera cree, además, que por las propiedades benignas del clima y las riquezas de la tierra, los canarios viven en unas islas Afortunadas. Esta defensa de las cualidades autóctonas se mezcla con la exaltación del estudio de esta ciencia, que sólo proveerá de ventajas a los pueblos que las cultiven.

El *Diccionario de Historia Natural* se editó a la muerte del autor, como sucede con buena parte de su producción. La primera edi-

ción, que contiene el tomo I y que data de 1866, se realizó a instancias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria (Imprenta de La Verdad). Incluye, además, las memorias autobiográficas solicitadas por Sempere y Guarinos para su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del Reynado de Carlos III*. En 1869 se publicó el tomo II en la misma imprenta. Luis Maffiote escribe en 1899 un *Apéndice al Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias por D. José de Viera y Clavijo*. Utilizó una copia del manuscrito perteneciente a Juan de Quesada y Déniz. Se incluye un apéndice con los cuadernos IX y XII, que no fueron recogidos en la edición de 1866. La siguiente edición se realizó en 1942 de acuerdo al texto de 1866 de la Económica. De los trece cuadernos que integran el diccionario, esta edición incluye el noveno cuaderno, custodiado en la biblioteca de Agustín Millares Torres. A ello se añaden las notas redactadas por Millares como apéndice al diccionario. La última edición es la de Manuel Alvar en 1982, publicada por la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas.

La nueva edición del *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* es la realizada por Ediciones Nivaria (2004) y patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de la Villa de Los Realejos con motivo del 50 Aniversario de la Unificación de los dos consistorios. Ha sido confeccionada con arreglo al texto de la que publicó en el año 1866 la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria. En aquella ocasión se dejaron de publicar, por haber desaparecido, los cuadernillos primero, segundo, noveno y duodécimo (correspondientes a las letras M, N, O y P) de los trece que conformaban la obra original. Esta nueva edición los incluye, como hace la edición de 1982, ya que las copias aparecieron con posterioridad a la impresión del libro de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, y que se custodiaba en la Biblioteca de don Agustín Millares Torres, de Las Palmas.



Viera elevó un globo aerostático en los jardines del Marqués de Santa Cruz en 1783.

Viera y Clavijo escritor

Alejandro Ciorânescu

. José de Viera y Clavijo. «Noticias de la Historia General de las Islas Canarias». Goya Ediciones (1950)

La poesía académica y de circunstancias fue también una de las especialidades de Viera, si se puede decir así. Fue un asiduo de los concursos académicos, en los cuales no obstante su éxito poético fue nulo. En 1778 presentó al concurso abierto por la Academia Española un poema épico en un canto, *el Segundo Agatocles, Cortés en Nueva España*, y al año siguiente una composición semejante sobre *La Rendición de Granada*. Los dos temas habían sido propuestos por los organizadores.

En los dos Viera desplegó, a falta de inspiración poética, los recursos de su retórica, ayudándose a veces de fórmulas aprendidas en la escuela de *La Henriade*, que parece haber sido para él el *summum* de la poesía épica.

Pero el resultado de sus esfuerzos es asaz insignificante, y si no fue distinguido por los jueces, ello, sin embargo, fue justo. Los dos concursos fueron gana-

dos por el mismo poeta: José María Vaca de Guzmán, para quien esto fue el principio de la fortuna literaria; y es curioso notar que don Leandro Fernández de Moratín, que no era entonces todavía un personaje conocido, se presentó igualmente a los concursos, sin recoger en ellos más laureles que nuestro Viera.

En cuanto a éste último, parece que su doble fracaso le descorazonó bastante, pues no vemos que se presentase a otros concursos poéticos. No obstante continuó escribiendo con la misma abundancia pequeñas composiciones ocasionales para cantar, uno tras otro, todos los sucesos, grandes o pequeños, que le parecían dignos de ser recordados para

la posteridad. La mayor parte de las poesías sueltas que datan de la segunda parte de su vida, después de su marcha de La Laguna, pertenecen a esta categoría. Sería inútil mencionarlas todas; nos contentaremos con citar aquí, entre las que fueron impresas por el autor en hojas volantes, el soneto *A los años de la Excelentísima Señora doña Mariana Waldstein, marquesa de Santa Cruz* (1771), otro *Al felicísimo nacimiento de los dos serenísimos infantes gemelos* (1783) y la oda *A la victoria conseguida por las armas de la isla de Tenerife* (1797), con ocasión de la derrota sufrida por Nelson frente a Santa Cruz de Tenerife. Entre las que han quedado inéditas, hay que mencionar la

serie de pequeños poemas comprendidos bajo el título general de *Constelación canaria* y en la cual Viera hace el elogio de sus contemporáneos canarios que se habían hecho notar más.

Hay abundancia en toda esta producción, pero esto es todo lo que de ella puede decirse. Falta lo que se acostumbra llamar el numen poético, la inspiración que asegura la perdurabilidad de estas efemérides.

¿Esta inspiración, la hallaremos, en fin, en los poemas más o menos originales de Viera, *Los Ayres Fixos, Los Meses, Las Bodas de las plantas?*

Los Ayres fixos (1780) se subtítulan poema didáctico, pero son, en realidad, un tratado de química. Poco

importa que este tratado esté versificado: por ello no es menos una obra puramente científica. Desde este punto de vista, tiene, sin duda, sus méritos, méritos que no dejarán de señalarse en otro lugar; pero, si se trata de hablar de este escrito como poema, hay que señalar en seguida que no debemos dejarnos engañar por la forma. Tenemos delante el simple resumen de las lecciones de química que Viera siguió en el laboratorio parisiense de Sigaud-Lafond. Para darse cuenta de ello y al propio tiempo ver a lo vivo los métodos de trabajo de Viera, será muy instructivo comparar este supuesto poema con las notas tomadas por el mismo Viera en su diario de viaje, relativas a los cursos de Sigaud. Fácilmente nos daremos cuenta que no hace otra cosa que seguir el plan de su profesor; que el objeto, la exposición, el método y los ejemplos no son sino la versificación de la enseñanza recibida en el laboratorio

(Pasa a la página siguiente)

(viene de la página anterior)

de París.

Hay que añadir, por otro lado, que Viera mismo no parece haber dado una importancia excesiva al interés puramente poético de su obra. Pretende, al contrario, no haber pensado en otra cosa que en su utilidad práctica y haber escogido la forma versificada sólo para hacerla más agradable a los jóvenes estudiantes y caballeros que seguían sus propios cursos de química en Madrid. Sería, pues, inútil buscar el gusto poético de este tratado consagrado a una materia de las más áridas. El plan basta para descorazonar a los amigos de la poesía. Es más adecuado examinar este poema desde el solo punto de vista de la historia de las ciencias; no obstante, no cabe sino admirarse de que Viera haya escogido para tal asunto la forma versificada, creando así intencionalmente una confusión entre la poesía y la ciencia que volveremos a hallar, agravada, en *Las Bodas de las plantas*. En efecto, des-

pués de haberse consagrado durante algún tiempo a la química. Viera y Clavijo se vuelve hacia las ciencias naturales, hacia las cuales le empujaba, además de sus curiosidades enciclopédicas, el ejemplo de su amigo Cavanilles. A consecuencia de esta nueva orientación, se puso a escribir el «*Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*», que debía ser, con la «*Historia de Canarias*», su obra maestra y que merece más atención de la que se le ha concedido hasta hoy.

Pero, al mismo tiempo, el descubrimiento de una parte de los misterios de la creación reavivó en su espíritu la deplorable manía de confiar a la poesía el mensaje que de ellos creía deber extraer. El error de principio



Portada de «*La Primavera*», correspondiente al poema «*Los Meses*»

que se había ya manifestado en sus *Ayres fixos* se convierte en error de sistema en el nuevo poema que pretendió consagrar a la vida de las plantas.

Habiéndose propuesto describir en una forma poética el ciclo de la vida vegetal, como la ciencia botánica acababa de descubrirlo y de comprenderlo, Viera no podía ya conformarse con la vieja fórmula del poema didáctico a lo Delille.

Linneo era un excelente profesor de botánica, el mejor que Viera pudo hallar; pero no es probable que pensara convertirse alguna vez en musa. Todo lo que pudo, pues, fue inspirar a Viera la idea de un universo nuevo que apenas acaba de revelar al mundo admira-

do su existencia, todavía ayer ignorada. En este universo casi desconocido, la ciencia hace las veces de mitología. Sería injusto no añadir que se encuentra un poco más de arte en *Los Meses*, que es un verdadero poema didáctico. Una vez más, no obstante, el poeta se propone no volar sólo con sus alas: se apoya en el doble ejemplo de Ovidio y de Roucher, cuya influencia aparece más de una vez. Como, por otro lado, el tema que se ha propuesto corresponde esta vez algo mejor a las exigencias de la poesía, al mismo tiempo que a la naturaleza de su talento, el resultado, por pobre que sea, es mil veces preferible al de los *Ayres fixos* o al de *Las Bodas de las plantas*. Por lo menos, es prosa poética y en ella no

nos chocan a cada paso esos errores de gusto que se explican repetidamente en sus otros poemas por el abuso del cientificismo y por su intromisión excesiva en el dominio de la poesía.

Si se trata de hacer un balance del arte poético de Viera, tendremos que admitir que su obra presenta más de un punto débil, considerada bajo el aspecto del gusto y del valor absoluto. Pero no debemos contentarnos con un juicio tan sumario, pues, si se aplican a todos los poetas de esa época criterios de valoración tan absolutos, se corre mucho el riesgo de no dejar subsistente casi nada. Tratando de medirlo con la medida de su época, en lugar de la nuestra, se llegará, tal vez, a la conclusión

de que Viera y Clavijo es uno de los representantes más característicos, y acaso el más característico, de la corriente didáctica tan de moda en Francia. Tiene el mérito de haber tratado de hacer conocer en España algunas de las producciones más importantes de este género, y no fue siempre por su culpa si no lo consiguió. No hizo sólo obra de vulgarizador, sino que tuvo también la ambición de ser más o menos original en *Los Meses*, que, con todas sus debilidades, es uno de los poemas didácticos más recomendables entre los que pueda ofrecer la literatura española contemporánea. No obstante, ya dentro de este género, representa la tendencia más netamente científica; y por este defecto y por la confusión constante entre la ciencia y la poesía se explica el prosaísmo patente de sus poemas didácticos.

En realidad. Viera estaba mucho mejor dotado para la prosa. Hemos perdido hoy día el gusto y la costumbre de los largos discursos académicos, y por ello no son ya sus dos elogios de Felipe V y del Tostado «lo que más nos interesa desde ese punto de vista. Fueron, no obstante, entre las obras del autor, las que hicieron más ruido y le aportaron las mayores satisfacciones. Pero son prosa elocuente, y no sabemos ya qué cosa es la elocuencia por escrito: estas largas declamaciones, estas tiradas enfáticas, a pesar de todo lo que puedan tener de brillante, nos suenan a hueco y nos parecen cubrir con demasiada pompa ideas demasiado modestas. En realidad, para el lector moderno, es en otra parte donde hay que buscar al verdadero Viera y Clavijo: en su correspondencia, en su actividad de crítico literario, en su prosa histórica y científica.